

PJK 3

INFANCIA DEL P.Kentenich.

**CARACTERISTICA GENERAL DE ESTE PERIODO:
UNA PROFUNDA SOLEDAD INTERIOR.**

La época que hemos llamado de la filialidad espontánea va desde 1885, desde el nacimiento del P. Kentenich, hasta 1904, fecha en que entra al noviciado de los Padres Pallotinos.

Una de las características generales de esta época es su gran soledad interior. El P.Kentenich vive muy solo en lo íntimo de su corazón. Se siente hondamente hijo de Dios y siente que sólo con él puede dialogar de verdad. Frente a los hombres no llega a un verdadero intercambio vital. Sin embargo, es importante insistir, desde un comienzo, que él nunca fue una persona extraña. Exteriormente se mostró siempre como una persona enteramente normal.

Yo pude conversar sobre esto con un primo suyo, unos dos años menor que el P.Kentenich. Los dos fueron muy amigos cuando el P.Kentenich tenía 14 o 15 años. Y Le pregunté: “Cuándo el P.Kentenich tenía 15 años, ¿era piadoso? Me puso una cara de extrañeza ante la palabra “piadoso” como si le hubiera preguntado si él andaba de rodillas por las calles con un rosario al cuello. “No –me expliqué- . Quiero decir si iba a misa todos los días, si comulgaba...” Este primo me seguía mirando desconfiado. “Mire –me respondió- José hacía todas las cosas que hacíamos nosotros. ¡Era totalmente normal!”.

El P.Kentenich no daba la impresión de ser una persona extraña. Se mostraba muy espontáneo en su trato y, sin embargo, durante toda esa época sintió una inmensa soledad humana. Los demás no se daban cuenta, pues tenían un intercambio normal con él. Para ese primo, José era su amigo. Todos lo sentían un niño normal y corriente. Pero él, interiormente, se sentía totalmente solo; sentía que sólo con Dios y con la Santísima Virgen podía dialogar de verdad.

Veremos algo de su desarrollo en estos años, desde 1885 hasta 1904. Hablaremos primero del desarrollo exterior de su vida y, luego, de su desarrollo interior.

SU DESARROLLO EXTERIOR EN ESTE PERIODO

Su pueblo y su familia

El P.Kentenich nació en Gymnich, pueblo de campesinos, de unos dos mil habitantes, próximo a la ciudad de Colonia, en la zona de Renania, una zona de la cual se dice que sus habitantes se caracterizan por su alegría y por el buen humor. Es tierra del buen vino, del vino del Rhin.

Así pues, José Kentenich nace en un pueblo campesino. Su abuelo materno poseía un coche con caballos, con el cual trabajaba, trasladando personas y encomiendas. En ese ambiente debe crecer el pequeño José. Por eso le gustaba mucho montar. Siempre fue muy buen jinete e incluso más tarde, en un tiempo bastante posterior, todavía le gustaba andar a caballo.

El nombre de su madre era Catalina Kentenich. Siendo ella aún joven deja la casa paterna en la plazuela de San Cuniberto y va a emplearse en una granja de los alrededores de Gymnich, la que administraba Matías José Koep. Entre ellos se establece una cercanía particular, a pesar de una gran diferencia de edad.

Matías José había sido militar, perteneciendo al regimiento de los ulanos, tropa de elite del Kaiser. En los años 80 vivía con dos hermanas solteras, de temperamento dominante, que dependían económicamente de él. Catalina provenía de una familia de modestos recursos, formada en una tradición de dignidad, trabajo y sólida fe. En el invierno de 1885 Catalina quedó esperando un niño. Por razones que desconocemos, Matías José no quiso casarse con la joven, ni reconocer al hijo. Por su profunda convicción religiosa ella decidió tener y criar al niño que venía, si bien alguien que sólo llevaba el apellido de la madre, habría de tener ciertamente una existencia difícil y dura.

José nace en el hogar de sus abuelos maternos en Gymnich el 18 de noviembre de 1885. Al día siguiente es bautizado en la iglesia parroquial. Catalina debía continuar trabajando fuera de casa por la precaria situación económica de la familia. El niño vive con sus abuelos. Allí José adquiere las primeras nociones del lenguaje y de la fe, aprende a montar a caballo y participa, quizás, de la famosa tradicional cabalgata procesional del día de la Ascensión. El abuelo materno muere cuando el niño tenía tres años. Con el padre no tiene ningún contacto. Es significativo que quien recibirá la misión de ser padre espiritual de muchos, haya tenido que sufrir la carencia de paternidad y experimentar así, en carne propia, lo que millones sufren con la desintegración de la familia y la ausencia de la figura paterna.

La madre juega un rol de importancia. Es profundamente religiosa. Debe trabajar en casas ajenas para ayudar a la mantención de su hijo y de sus padres. Poco tiempo le queda para cuidar a su hijo. No puede dedicarse a él como su corazón quisiera. Por eso, Catalina se ve forzada a tomar la decisión de confiar su hijo a un orfanato.

Sus abuelos maternos han ayudado en lo posible. Siendo personas profundamente religiosas y muy marianas, han tratado de dar lo mejor al

pequeño José, constatando siempre la firmeza de carácter y la independencia de este pequeño niño. Es por eso que, el más tarde sacerdote, José Kentenich, afirmará que en toda su infancia y juventud, nadie tuvo nunca una influencia importante en él. Es como si Dios hubiese querido guardar su corazón intocado, para la única educadora de su vida fuese la Santísima Virgen.

Dios le hizo saborear desde muy temprano las amarguras de nuestro siglo; la carencia de un padre, de una figura paternal comprensiva, fuerte y bondadosa; la carencia de una familia bien constituida por padre, madre y hermanos; las penas y tristezas –y quizás amarguras- de una madre soltera quien, a pesar de todo, quiere mantenerlo con vida y darle lo mejor de sí y que, al final, debe entregarlo a una mejor Madre para que lo cuide y guíe; y la falta de un amigo, de un compañero, en los felices y decisivos juegos de la infancia. El P.Kentenich exteriormente era muy normal en su trato con los demás, pero nadie llegó al fondo de su ser. Sólo la Virgen –según confiesa él mismo- fue el único y gran amor de toda su infancia y juventud.

Distintos episodios de su infancia

El P.Kentenich casi murió cuando tenía tres años de vida. Estaba donde unos vecinos jugando a las escondidas con una prima huérfana que vivía con ellos. Ella se escondió en el subterráneo de la casa, donde había un pozo cuya tapa estaba abierta. A él, como era el más pequeño, lo hacían salir a buscar a los escondidos. De repente, vio a la prima y, al correr hacia ella, no vio que la tapa estaba abierta y cayó al pozo. La prima, que tenía ocho años, salió corriendo de la casa gritando: ¡José se cayó al pozo! El abuelo estaba allí conversando con el dueño de casa. Al principio no creyeron lo que decía la prima, pero después entraron y ella les mostró la tapa abierta del pozo. El abuelo metió la mano y no encontró nada. Creyó que lo estaban engañando y ya se iba cuando ella se puso a llorar desesperadamente. ¡Sí, está ahí! El abuelo volvió a meter la mano por segunda vez y sintió un género tirante.

En esa época todos los niños alemanes usaban una especie de delantal hasta los 4 o 5 años. Al niño José se le había quedado enganchado ese delantal en un alambre del borde del pozo. El abuelo lo levantó y sacó al niño ya inconsciente, con la boca apretada. Costó mucho hacerlo revivir. Mandaron llamar a una religiosa que tenía algunos conocimientos de primeros auxilios, pero tampoco sus esfuerzos le dieron resultado. El niño respiraba, pero estaba amarillo, con la boca apretada y no había manera de sacarle alguna palabra. Entonces la religiosa, que conocía al niño, acudió a recursos psicológicos y le dijo. “Mira Josecito, si abres los ojos te voy a dar santitos y podrás ir al kindergarten”. Entonces el niño abrió de inmediato los ojos y contestó enérgicamente: “¡Yo no voy al kindergarten y tampoco quiero ningún santito!”.

La Providencia había intervenido. El niño estuvo bastante rato debajo del agua, pero al caer parece que se le produjo una especie de shock y calambres que le apretaron las mandíbulas. Gracias a esto no tragó agua, sólo le entró algo por las narices pero no por la boca y, al parecer, esto lo salvó. Su respuesta lo retrata entero. Él era un hombre nacido de la libertad. En una oportunidad él dice: “Desde niño vivía en mí la idea del hombre nuevo, de ese hombre que se decide conscientemente, libremente”.

Los alemanes siempre han observado una severa disciplina, y en el siglo pasado era peor aún. Los niños de cuatro años, en el Kindergarten, tenían que estar quietos, no hablar, sólo repetir lo que decía la profesora. Una pedagogía totalmente a la antigua. El no quiso ir al Kindergarten.

La escuela tampoco le gustó nunca, aunque siempre fue un buen alumno, el primero de su curso. Apenas llegaba a casa hacía sus tareas, pero no le gustaba la escuela por el método pedagógico que allí se empleaba. Cuando él fue profesor, siguió desde un comienzo un método distinto, invitando a la participación, aplicando una enseñanza activa. Nunca estuvo de acuerdo con la enseñanza pasiva, con ese tener que aprender las cosas de memoria, con ese repetir todos juntos lo que el profesor decía. Todo eso iba contra su manera de ser.

Desde niño le desagradó el Kindergarten y la escuela era para él un sacrificio que debía hacerse. El método escolar de ese tiempo estaba totalmente en pugna con su personalidad. De ahí que ya a los tres años hubiera decidido: ¡No voy al Kindergarten!

Sin embargo, el P.Kentenich no era un rebelde. Era un hombre nacido para la libertad y que, libremente, sabía dominarse y ser extraordinariamente disciplinado.

La prima del P.Kentenich cuenta el siguiente episodio:

En ese tiempo, los niños alemanes tenían una pequeña pizarra donde hacían sus tareas. Todos los sábados debían limpiar el borde de la pizarra para que estuviera impecable el día lunes. El P.Kentenich tenía 7 u 8 años en ese tiempo; ya había hecho su tarea cuando su prima, al limpiarle el borde, no se fijó y le borró una palabra. Cuando llegó a la escuela y entregó la pizarrita al profesor, éste le preguntó quién le había hecho la tarea. Él contestó: Yo.

¡No te ayudaron!, le dijo el profesor.

No, no me ayudó nadie, le replicó el niño.

¡Estás mintiendo!, le dijo entonces el profesor.

Para el P.Kentenich, que desde niño fue un apasionado por la verdad, esto fue un golpe muy fuerte.

¡Mientes, esta letra no es tuya!, le volvió a decir el profesor y le mostró la pizarra.

El P.Kentenich no supo qué contestar, porque en realidad había algo escrito con otra letra. La prima estaba en la misma clase. Era una escuela chica, de pueblo, en la que todos los alumnos cualquiera que fuera su edad, estaban en la misma sala. La prima no se atrevió a decir nada. Cuando salieron le confesó a su primo: Yo fui la que te borró esa parte de la letra y después la

escribí con mi letra. Y cuenta que él solamente la miró muy serio y nada más. Era un niño de siete años, pero ya totalmente controlado y dueño de sí mismo.

También desde chico fue extraordinariamente recto. La misma prima cuenta que una vez estaban de visita donde unos tíos; el P.Kentenich tendría unos 5 años y comenzó a jugar con los fierros que se emplean para atizar el fuego. Los estaba haciendo girar cuando entró su prima y le dijo: “Eso no se hace”. El siguió como quien no oye. Entonces ella le pegó en el hombro y le repitió: “¡Eso no se hace!” El niño José Kentenich se puso a llorar y le dijo: “Me pegaste, voy a contarle a mamá que me pegaste”. La prima se asustó y le dijo: “Te voy a dar un santito para que no se lo cuentes”. Y le dio una estampa. Parece que lo anterior sucedió antes de la Misa. Después vino el desayuno y se sentaron todos a la mesa. José Kentenich quedó al lado de su prima. De pronto, en medio del desayuno, sacó el santito y se lo pasó a su prima. Una vez que ella lo había tomado, se puso a llorar fuerte. Le había prometido no contar nada, pero apenas cancela su promesa, devolviéndole el santito, queda libre para actuar. Aquí volvemos a ver al P.Kentenich defendiendo su libertad.

Como dijimos, su madre, debido a su trabajo e imposibilidad de dedicarse más a él, se vio obligada a entregarlo a un orfanato, seguramente aconsejada por el Párroco Sevels, fundador del orfanato de Oberhausen y confesor suyo. Esto sucedió a principios de 1895.

Comienza entonces una segunda etapa en su infancia en la que la soledad se acentúa. El siempre se había sentido solo en su interior, pero aquí también comienza a experimentarlo en lo exterior. El ambiente del internado no era bueno. Había niños de familias buenas, pero también niños recogidos o niños que estaban allí porque sus familias no podían tenerlos por causa de alguna situación irregular, moral, económica o de otro tipo. Además existía una disciplina implacable.

El P.Kentenich captó de inmediato el ambiente de revolución que había en Schoenstatt en 1912, cuando él llegó como Director Espiritual, porque había experimentado ya en carne propia lo que era la pedagogía del azote, totalmente ajena a cualquier sentimiento de cariño, a todo ambiente de familia. Era un sistema sumamente duro, sumamente rígido, una disciplina prusiana.

Tan dura fue la situación en ese internado de niños que se cuenta que él se escapó dos veces. Ese sistema lo sofocaba, especialmente por su anhelo de libertad, de actuar basándose en decisiones libres, según un ideal, guiado por una convicción interior. Por eso, se escapó y parece que la policía lo trajo de vuelta, al encontrarlo en la calle con su uniforme del internado. Fue un tiempo doloroso para el P.Kentenich.

Ahí hace la Primera Comunión, el domingo de Pentecostés de 1897 y entonces anuncia a su mamá que quiere ser sacerdote.

Lo único que sabemos de este tiempo es que seguía siendo un niño muy unido a Dios. Una de las religiosas que tenía a su cargo la vigilancia, cuenta que una noche lo echó del dormitorio porque el P.Kentenich había hablado con otro niño y hablar estaba prohibido. Le ordenó que se fuera por cinco minutos a la pieza de los lavatorios. Pasaron 10, 15 minutos y no volvía. Entonces ella fue a ver qué estaba haciendo y lo encontró rezando de rodillas. Después esta religiosa comentaba con otra: “¡Qué joya de niño nos ha mandado Dios!”.

En 1899 fue trasladado a otro internado: al Seminario Menor de los Padres Pallottinos en Ehrenbreitstein. Ehrenbreitstein es un barrio en las afueras de la ciudad de Coblenza, que queda a unos 6 kilómetros de Schoenstatt. El P.Kentenich quiere ser sacerdote y por eso pasa a este internado. Los Pallottinos eran conocidos como una comunidad misionera, aun cuando su fundador no los había creado con esa finalidad. En 1892 habían llegado a Alemania y se habían hecho cargo de la parte misionera de la colonia de Camerún, en Africa. Publicaban varias revistas misionales y por eso eran muy conocidos. Tal vez el P.Kentenich supo por una de las revistas que tenían un Seminario Menor y llegó allá. Allí estuvo cinco años y cursó humanidades. Fue muy aplicado y también dedicado a escribir poesías.

En ese tiempo, la salud del P.Kentenich comenzó a debilitarse y estuvo bastante enfermo. No se sabe de qué mal. Después tuvo constantemente complicaciones a las vías respiratorias. Cualquier gripe o resfrío le afectaba seriamente, le producía bronquitis y pérdida de la voz. Más tarde le hicieron punciones a los pulmones y también le comprimieron una parte de un pulmón. Además siempre sufrió de conjuntivitis o irritación a los ojos. Parece que su padre –es sólo una suposición no confirmada, pues se sabe muy poco de él- había tenido tuberculosis y que el P.Kentenich heredó cierta debilidad en todo cuanto se relaciona al aparato respiratorio. También habría heredado de él esa irritabilidad de los ojos, que le traía muchas molestias, especialmente si leía mucho. Por esta causa estaba dispensado de rezar el breviario y podía reemplazarlo por rosarios.

Probablemente en esta época tuvo alguna enfermedad, quizás al aparato respiratorio, que trajo algún problema y su mamá no quiso dejarlo allí. En una poesía, el P.Kentenich cuenta que está llorando porque parece que no podrá ser sacerdote y le dice a Dios: “Señor, ¿por qué me creaste si no vas a permitir que sea tu sacerdote?”

Su anhelo de Dios seguía siendo muy grande. La soledad se mantiene. El mismo dice que ningún profesor influyó decisivamente en él, nadie penetró en su alma, tampoco sus amigos, aunque éstos no lo creyeron así. Por ejemplo, el primo del cual hablábamos antes, creía que el P.Kentenich era muy amigo suyo, y a él esa amistad lo llenaba. Pero el P.Kentenich no lo sentía y experimentaba una profunda soledad.

Durante ese tiempo, el P.Kentenich vuelve a su pueblo en las vacaciones. Allí renueva el contacto con su primo. Existe una serie de anécdotas muy simpáticas. Por ejemplo, iban juntos a robar manzanas del castillo. El primo me contó que sus casas estaban llenas de manzanas, pero no eran éstas las que atraían, sino que lo emocionante era ir al castillo, meterse a escondidas,

sacar manzanas sin que los vieran y salir corriendo. El P.Kentenich participaba en todas estas travesuras.

Otra cosa que le encantaba, además de andar a caballo, era trepar paredes. La torre de la Iglesia del pueblo era una torre algo excepcional para el lugar, aunque muy común en el sur de Alemania. Es una torre barroca, de las llamadas torres cebolla. El techo tiene la forma de una cebolla y es muy alto. Y esta punta de la cebolla era un imán que atraía a los chiquillos. La parte alta está cubierta de tejas finas, una especie de piedra de pizarreño. Un día, el P.Kentenich con unos cuatro chiquillos más se subieron a la torre. Había una ventanilla y desde allí empezaron a trepar por el techo. Estaban ya en la punta cuando el cura los vio desde abajo. Uno de los niños era hijo del sacristán y el párroco los amenazó: “¡Van a ver lo que les va a pasar!”. Les cerró la puerta de la torre y fue a buscar al sacristán. Vuelven ambos, suben a la torre y nada, absolutamente nadie. En la torre había otra ventanita muy chica que daba al entretecho de la iglesia. Pasaron por allí y cruzaron todo el entretecho hasta llegar al altar. Allí había otra rendija por la que pasaron al altar –un altar barroco muy alto- y bajaron por las columnas y desaparecieron.

Hubo muchas aventuras de este tipo. A veces también los persiguió la policía porque se iban a bañar en un río pequeño, por ahí cerca, el Erft, donde estaba prohibido bañarse, y tenían que salir corriendo.

Pero, sobre todo, al P.Kentenich le encantaba caminar por el campo, por los prados. Con su primo se pasaban días enteros en el campo. Salían a recorrer bosques toda la mañana; volvían a almorzar y en la tarde salían de nuevo e iban a visitar al padrino de confirmación del P.Kentenich que vivía a 14 kms. Iban y volvían a pie. Le encantaba la naturaleza y estar solo con su primo, caminando por el campo, sin ruidos.

El P.Kentenich era, por consiguiente, una persona totalmente normal.

El P.Kentenich contó que, en ese tiempo –no se sabe si fue en su infancia o más tarde- él vio en una casa de religiosos un gran letrado que decía: “¡En esta casa no se fuma!” Pero los religiosos fumaban en el jardín y sólo después entraban a la casa. Al ver esto, se despertó en él una rebelión interior y se dijo: “¡Esto no puede ser! ¡La ley no se puede tomar en esta forma! Un verdadero hombre o acepta las cosas en su espíritu o no las acepta. Esto es una burla”.

Pauta para la reunión

Esquema de toda reunión:

Oración.

Ver cómo estuvo la semana y revisión del propósito anterior.

Tema: 15' a 20'.

Preguntas de intercambio.

Propósito.

Oración final. Cantos.

Dinámica posible:

Poner distintas fotos del P.JK. o de papás, o de niños, y que cada uno elija una y explique por qué la eligió.

Preguntas Sugeridas:

-¿Qué me impresionó y por qué?

-¿Es evidente que alguien prácticamente huérfano haya sido el fundador de una Familia tan variada y extensa como Schönstatt?

-¿Qué momento de la infancia del P.JK lo marcó más?

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del P.JK”. P.H.Alessandri. Ed.Patris

“Hemos conocido un Padre”. M.Nailis. Ed.Schönstatt